

La celebración de la desidia

El abandono es una forma de desamor que cuando se ejerce sobre las personas es moral y legalmente repudiable. Constituye, también, una práctica social y política ejercida sobre las cosas y los lugares, acerca de la cual el paisaje urbano ofrece múltiples testimonios.

Si consideramos el patrimonio cultural y artístico de la ciudad de Córdoba, la instalación escultórica Paseo del Bicentenario constituye un buen ejemplo. Emplazada en el Parque Sarmiento -en lo que fuera la plazoleta Isabel la Católica, frente a la plaza España-, una serie de 201 aros conmemoran dos siglos de historia nacional.

Obra de la escultora Susana Lescano, fue donada en 2010 por La Voz del Interior a la provincia y erigida en un espacio que pertenece a la municipalidad. La artista da muestras de sensibilidad y eficacia narrativa para quien esté dispuesto a la observación.

Pasaron 10 años desde su inauguración. El tiempo, los hábitos culturales y las prácticas políticas dejaron su impronta, patente en el deterioro del entorno y de las piezas que la componen. El roce reiterado de quienes juegan o descansan sobre los anillos ha desgastado la pintura que, además, la intemperie y la falta de mantenimiento contribuyen a descascarar. Grafitis sin intención estética han generado una trama de textos sobre la superficie de los aros, creando una suerte de textura visual que da cuenta del estado cultural y de la catarsis emocional del público que visita el lugar.

Como metáfora, los grafismos de las palomas ornamentan el panel que informa sobre la obra y ocultan las palabras y sus significados. El escudo de Córdoba fue vandalizado, y socavones en la tierra que rodea las piezas dejan al descubierto las bases de concreto que las sostienen.

La erosión, resultado del paso y circulación de miles de visitantes durante una década, no solo contribuye a la desvalorización estética, sino que amenaza la estabilidad de los anillos y constituye un riesgo para la seguridad de quienes frecuentan el espacio. ¿Tendremos que esperar un acontecimiento fatal para que las autoridades responsables del mantenimiento y control del lugar reaccionen?

Los restos de un asado y el hollín cubren una piedra y constituyen, en sí, una intervención que permite visualizar una última cena al aire libre en tiempos de pandemia, que la vigilancia policial no impidió.

Actitudes y prácticas que se suman y convergen para crear un paisaje distópico que ensombrece y reemplaza las intenciones estéticas de la artista y la contribución cultural del donante. Al resignificarlas, las desplazan.

El Paseo del Bicentenario inaugurado en 2010 ya no está: fue reemplazado por la celebración de la desidia. Lo que vemos hoy es la representación de un estilo de vida, una construcción colectiva y política que revela la manera dominante que la comunidad tiene de tratar su propia historia y su patrimonio común. Un modo de convivencia estética y éticamente objetable que, al desvalorizar, afea y que se erige como la contracara de la ética de la responsabilidad.

La artista y la exposición pública de la obra contemplaban la posibilidad del uso del espacio y la acción sobre ella y el entorno por parte de observadores y visitantes. Su estado actual da lugar a

interrogantes ¿cualquier uso e intervención es justificable y aceptable? ¿Cuál es la línea que separa uso de abuso, intervención de vandalismo y creatividad de depredación?

La mayoría de los argentinos ha desarrollado una manera propia de entender los espacios públicos y el patrimonio común. Mientras que en algunas culturas lo público es considerado de todos, entre nosotros es habitual que se lo tome como *res nullius*, como “cosa de nadie”, lo cual justifica no sólo la falta de cuidado, sino el saqueo, la expoliación y la apropiación ilegítima e ilegal de aquello que es común. Esta forma de considerar lo público denota ausencia de colectividad.

En el contexto de la actual pandemia, la desidia suele ser justificada por los responsables de administrar “la cosa pública” con el argumento engañoso y oportunista de que la prioridad es la salud. Por otra parte, la desidia hace mucho tiempo que es parte de las prácticas sociales y culturales de vastos sectores de la población. Esa forma de desamor se ha instalado entre nosotros y pasó a formar parte de nuestra cotidianeidad.

Lo que se observa a pequeña escala en el Paseo del Bicentenario se replica en otros niveles y en todos los campos: en la destrucción del medio ambiente, en la corrupción, en la contaminación y en el maltrato, para citar algunas de las situaciones más frecuentemente denunciadas.

Cómo ciudadanos, ¿cuánta responsabilidad nos cabe en que eso siga sucediendo? ¿Somos víctimas, agresores o cómplices? ¿Cuál es la función que las autoridades deben cumplir para revertir esta situación? Las respuestas suelen evitarse acusando a otros y desplazando la atención.

El abandono y la desidia son ya parte esencial de nuestro paisaje cultural y del panorama moral en el que habitamos. Mientras otros países dan testimonio de la reconstrucción de aquello que las guerras destruyen, nosotros nos destruimos en paz, con una meticulosidad y constancia que sorprenden. Triste estrategia de convivencia la nuestra, que la queja habitual suele malinterpretar como destino.

Desde las oficinas estatales, en lo que se da en llamar “la nueva normalidad”, se proclama la ética del cuidado y la responsabilidad como antídoto para hacer frente a un virus que amenaza nuestras vidas.

Resulta contradictorio que, desde esas mismas oficinas, ese protocolo no se aplique cuando la calidad de vida es la que está bajo amenaza por la negligencia, la despreocupación, la indolencia, el desgano, la apatía y la indiferencia, esos virus de la pandemia cultural y política que forman parte de “la vieja normalidad” en la que convivimos desde hace mucho tiempo. Demasiado tiempo ya.

Carlos A. Lista

Sociólogo